

Filosofía e Ideología (*)

I. Racionalidad e irracionalidad

Gilbert K. Chesterton en su obra *Ortodoxia* (1) tiene estas palabras: «La verdadera confusión de este mundo en que hemos nacido no le viene de que sea un mundo irracional, ni aún de que sea un mundo racional. La más abundante fuente de errores está en que las cosas son *casi* razonables, sin llegar a serlo completamente. La vida no es ilógica en sí, pero resulta una verdadera trampa para los lógicos, porque aparenta algo más de regularidad matemática de la que realmente posee, y mientras su exactitud es manifiesta, su inexactitud es recóndita, y sus absurdos yacen como en acecho».

Los lógicos de quienes habla aquí Chesterton, han llegado en realidad a un acuerdo: es imposible que la lógica se baste a sí misma, no sólo para autoconstituirse como ciencia (si no cuenta con el estadio previo existencial) sino todavía más para intentar, como intentó Hegel, un panlogismo en que no hubiese más ocupación que «deducir lógicamente» la realidad: siempre queda un salto desde la especie universal «hombre» al individuo «este», que no filtran nuestros conceptos racionales.

Pero también viene la desesperación del lado de Kierkegaard, si reaccionando contra Hegel concibe al individuo como totalmente irracional; pues si fuera totalmente irracional, ni siquiera podría él decir con sentido y con verdad que es «totalmente» irracional. Ya le habría atribuido con verdad este grado de racionalidad implicado en el aserto de que es irracional.

Así pues, la realidad que tenemos delante ni es tan racional que excluya toda irracionalidad, ni tan irracional que excluya toda racionalidad.

De un modo paralelo a la manera como se nos manifiesta la realidad existencial, también se nos manifiestan las respuestas humanas sobre ella, o sea, sus concepciones: Filosofía-Ideología.

¿Qué diremos, pues? ¿Que la Filosofía excluye de sí toda Ideología

(*) Comunicación leída en el *XXI Convegno di Studi Filosofici tra Professori Universitari*, Gallarate (Milán) 1966.

y la Ideología toda Filosofía? ¿O bien diremos que la Filosofía no elimina que quede siempre «algo» de Ideología, y que la Ideología no evita que permanezca siempre un trasfondo de «algo» de Filosofía?

Es lo que vamos a examinar, para dar la respuesta.

II. *Radical identificación Ser-Pensar*

Hagamos una hipótesis: la hipótesis de un Ser, que sea fundamento último de sí mismo y de toda realidad de los seres. Un Ser que tenga en sí mismo no sólo la fundamentación de su existir, sino de toda la *racionalidad o verdad* con que existe. Si tal Ser existe, entonces en El habrá total identificación de Esencia y Existencia; de Pensar y Existir.

Pero como el ámbito u horizonte de «ser» no implica en sí positivamente una limitación, entonces todo lo que es «pensable», «perfección posible» estará (por hipótesis) fundado en El, si existe; pues si no lo estuviera, habría ya una realidad pensable, no fundada; y hemos supuesto que es el fundamento último de toda realidad, verdad, bondad, es decir, del horizonte de suyo ilimitado o absoluto del «ser», gracias al cual podemos hacer juicios y decir con verdad de algo que «es».

Con otras palabras, si hay un Ser que es el fundamento último de todo otro ser, de toda la realidad con que los seres *son*, y por tanto también del horizonte ilimitado implicado en la noción de «ser», si hay este Ser, entonces será Infinito; pues si no lo fuese, habría por suposición una Perfección posible (y por tanto una realidad pensable, que «es» pensable) ni fundada en lo que hemos supuesto fundamento último de toda fundamentación inteligible, ni fundada en sí misma: diríamos con verdad o inteligibilidad de ella que es no-verdadera o ininteligible del todo, lo cual es un aserto perfectamente ininteligible.

En la hipótesis de tal Ser, si nos colocamos en la suposición de que conoce, como en El se identifican (según se ha dicho) Pensar y Existir, porque su Existir es plenamente autofundante, es decir, de todo el ámbito de ser, se conocerá a sí mismo *sin ningún intermediario o concepto*: su propia Esencia, Infinita, omnifundante, será su «especie» de Verdad o Conocimiento. Por consiguiente si conoce a otros seres, también en sí mismo los conocerá, sin intermediario de conceptos. Es decir, el Creador proyecta sobre lo creado su «verdad metafísica» o inteligibilidad; es decir, el «a priori» constitutivo. Por consiguiente este Ser Primero, para conocer a un ser creado (o creable) no ha de salir de sí mismo a fin de acercarse a él con verdad lógica (pues en este caso ya no sería fundante de toda inteligibilidad), sino que en sí mismo conocerá todo, pues hemos dicho que todo depende de El *en cuanto a todo*, hasta en cuanto a su inteligibilidad, esencia, o ámbito del ser. No depende El de los seres (como depen-

dería de ellos si los conociese con verdad lógica) sino que los seres, hasta en su verdad o inteligibilidad, dependen totalmente de El (verdad metafísica).

Hagamos ahora otra hipótesis, la de que exista un ser que no sea este Ser plenamente autofundante, sino derivado, que tenga recibida de Otro, su justificación o fundamentación o inteligibilidad. En esta hipótesis, precisamente porque este ser, lo que tiene lo tiene «recibido», «participado» (ya que no es el último «autofundante», «omnifundante») no puede ser Infinito, sino finito: «tiene» existir, no «es» Existir; «tiene» inteligibilidad o verdad, que no depende de él; él, al conocer, no ha «puesto» (como equivocadamente imagina Kant) esta radical inteligibilidad o verdad del objeto, ya que ha de ser tal para todos y para todo, con absoluta ilimitación. La inteligibilidad o verdad que «descubre», no «pone», es, pues, común al *objeto* pensado y a él en cuanto *pensante*, porque ambos, objeto pensado y él en cuanto pensante, dependen de un anterior y más alto Autofundante y Omnifundante, Infinito. Por consiguiente el «a priori» de este conocedor finito, que conoce, no será un «a priori» constitutivo de la inteligibilidad, sino manifestativo de ella. Para que pueda afirmar con verdad algo, conocer conscientemente que conoce, diciendo «es» (o sea, con el horizonte ilimitado del «ser») exige que haya una radical ilimitación en el orden objetivo (sin la cual lo que para él «es», para otro, podría con verdad no ser), es decir, que radicalmente se identifiquen en *algún nivel*, EXISTIR Y PENSAR (es decir, que todo sea verdadero con la verdad trascendental de que habla Santo Tomás) pero que esta total identificación no se dé a su *nivel* de pensante «participado», es decir, que él no agota esta radical ilimitación de lo inteligible, pues si así fuese ni siquiera pronunciaría un juicio: sería un SER-CONOCER permanente. Del mismo modo en su propio ser tampoco conocerá en sí mismo, en su propia esencia, todos los seres; no se identificarán nunca en él Existir y Pensar, sino que *para conocer* habrá de formar una *especie o concepto*, cruce del objeto dado (no creado por él) y del sujeto: con lo cual aquello que era radicalmente *del todo* inteligible, se le hace, mediante su intermediario (especie o concepto) *parcialmente* inteligido (perdóneseme el neologismo). He dicho «parcialmente», es decir, porque aquella especie o concepto, por el cual se acerca al objeto dado, no es (según lo dicho) una «creación» propia, del objeto, sino una «participación» o «asimilación» de una forma o inteligibilidad con que se le presenta la realidad-objeto.

Por consiguiente quedan en pie, sin antinomia, los dos términos, que, si no se explican bien, darían una antinomia: 1.º la condición requerida para que el hombre pueda decir «es» mediante un juicio, es que el «ámbito» y «horizonte» de inteligibilidad, sea absoluto, sin límite; es decir, una radical inteligibilidad, fundada en una plena identificación, a otro nivel superior, entre Verdad y Ser, Pensar y Existir; 2.º pero que, sin negar esta radical identificación, sin embargo él, a su nivel humano, nunca la alcanzará plenamente. Con suce-

sivos conceptos se acercará cada vez más (por enriquecer su «medio» de intelección) hacia el límite de una plena identificación Ser-Pensar, límite que con este procedimiento de un intermediario o concepto, progresivamente enriquecido, nunca alcanzará.

En otros términos: el pensamiento humano exige que haya una total «lógicidad» para poder decir que «no todo es lógico»; pero que esta «total lógicidad» no esté a su nivel, pues si lo estuviera ya no se lo «diría»: lo sería. Es decir, esta total lógicidad está a otro nivel más alto que el suyo, nivel que él capta en cuanto a algo, en cuyo ámbito cae todo (para poder decir con verdad que «es») pero no está todo como si no pudiese enriquecer este medio bajo el cual lo ha captado todo. El término de su verdad lógica será, pues, que haya un límite de total identificación Pensar-Existir, límite que se ha de dar, pero al cual él, como una asíntota, nunca llegará.

De aquí se deduce que puede suceder que si por Filosofía entendemos pura lógicidad, y si por Ideología entendemos el poso o resto no reducido aún, pero radicalmente reducible a lógicidad, entonces en este caso, este ser creado, participado, finito, nunca conseguirá que su Filosofía adecue a su Ideología.

III. Múltiples grados de racionalidad

¿Cómo captará, pues, el hombre este remanente refractario a la lógicidad, que hemos llamado Ideología, remanente que le es indispensable para que pueda conducirse en la práctica, en la acción, en su misma decisión moral y conducta moral?

Según lo que antes hemos dicho, se debe decir ahora que no será como si hubiese una antítesis de *oposición*, o sea de mutua *exclusión*, entre Ideología y Filosofía; sino de un *complemento* o mutua complementación de la una por la otra.

Aquel poso o remanente que *de hecho* el hombre no filtrará nunca totalmente con su Filosofía, no obstante ha de ser afirmado por su Filosofía como *radicalmente* filtrable, reducible. Es decir, el hombre capta de hecho este remanente, pero sólo en cuanto a algo, bajo la aprehensión de que «es», puesto que dice con verdad de este remanente que «es», con una ilimitación o absolutez que lo abarca todo. Pero no lo captará con conceptos de más rica comprensión o concreción que le permitiesen con su juicio, o «es», saltar al límite de aprehender conceptualmente, racionalmente, al individuo en cuanto individuo.

Ahora bien, la práctica, la acción del hombre, se dirige al individuo, a cosas existentes. ¿Cómo los aprehenderá?

Habrà de hacerlo, pues, por una vía que *sin excluir* (como acabamos de decir) esta radical inteligibilidad, sin embargo no proceda por vía de una *total lógicidad*: será por una vía que no llega a este nivel de ciencia o conocimiento reflejo, aunque lo que por esta vía captará quede como radicalmente racionalizable. Por esto el ámbito

del conocer humano, cuando se dirige a la acción, a la práctica, hace que pueda proceder de un modo *razonable* en su vida, sin que sea aquel procedimiento de una *racionalidad* fundamental (su Filosofía) ni total (la que tiene Dios). El hombre puede vivir, puede comer, puede amar, puede dormir... hasta sin que llegue a explicarse reflejamente con una inteligibilidad exhaustiva qué es vivir, comer, amar, dormir.

Con esto ya se ve que la palabra Ideología (en castellano decimos también Ideario; en alemán Weltanschauung) puede tener dos sentidos muy diversos, que es preciso distinguir bien.

A) *Sentido despectivo o peyorativo*. Sería despectivo aquel sentido de Ideología que se entendiese así: pretender «hacer pasar» como logicidad, como racionalidad de nivel filosófico, algo que no lo es, pero que «debería» serlo, en esta equivocada concepción.

Con frecuencia se advierte este sentido despectivo en la manera de hablar de muchos, cuando se refieren a la Ideología como si fuese algo irracional, algo que de ninguna manera capta el ser, algo que depende de la voluntad, sentimientos y conducta para proceder ciegamente, pero a lo cual diésemos por equivocación el rango de Filosofía, y le diésemos con acierto el rango de ser un proceso irracional.

B) *Sentido noble de la palabra Ideología*. Sería noble aquel sentido de la palabra Ideología, que se entendiese así: el hombre es un ser que es capaz de conocer o aprehender la realidad con un grado de racionalidad, que le permite afirmar que nada queda excluido, nada hay radicalmente irracional, sino que Ser y Verdadero se identifican radicalmente; pero que esta *radical* identificación sólo es *total* a un nivel superior; por tanto el hombre deberá proceder con medios que si bien no excluyen esta radical racionalidad, no obstante no le darán que a su nivel proceda con un mero logicismo. ¿Cómo procederá, pues, para que sea razonable su proceder, hasta sin filtrarlo todo lógica o racionalmente con su pensamiento?

Esto es lo que nos queda por examinar en el apartado siguiente.

IV. *Racionalidad de los medios que tienen un grado menor de racionalidad*

Hemos dicho que precisamente porque en el hombre no se identifican Existir-Pensar, tampoco se identificará en su conocimiento Ser-Verdad. El hombre no «es» un Pensamiento subsistente; sino que existe y «recibe», capta, algo de la inteligibilidad con su Pensamiento. Por tanto, así como de su Existir brota la facultad de pensar y su actuación, también brotarán de él otras facultades, que estarán orientadas asimismo al mismo objeto, dotado por el Creador, Infinito, de la radical inteligibilidad o Verdad metafísica. Por tanto también las otras facultades humanas, podrán, cada una a su manera, dirigirse de un modo inteligible, hasta sin llegar al supremo grado de racionalidad del «pensamiento pensante». Otro Ser, más alto, en vez de ser Pensamiento, será Pensamiento del Pensamiento, es decir, omni-

fundante. Este otro será ἡ νόησις νοήσεως νόησις (2), como dice Aristóteles en su *Metafísica*. El hombre sólo tendrá νοήσεως νόησις.

¿Cuáles serán estas otras potencias y actividades con las que también procederá razonablemente aunque con un grado menor de racionalidad?

A) Ante todo, muchas actividades inmediatamente aprehensivas de su objeto, con «cierto» carácter de intuición (no digo intuición como si tuviesen inmediatez con su objeto; ni como si fuesen exhaustivas, sino en cuanto que se hacen sin discurso) con las cuales también capta de un modo peculiar lo cognoscible. Fue Newman quien puso el acento en su *Grammar of Assent*, y con su «illativ sense», sobre muchas actividades cognoscitivas «informales». No es preciso insistir en un hecho de experiencia ordinaria: muchas veces el investigador, hasta el hombre que ha de resolver negocios prácticos, tiene cierta «aprehensión», sospecha, intuición, de la solución que busca; y sólo después de un laborioso proceso racional, reflejo, científico, llegará a «racionalizar» científicamente, aquel nexa que ya había aprehendido en un estadio previo, razionalizable, sí, pero todavía no racionalizado cuando lo tenía. Sería pues, equivocado, pretender que la Ideología es irracional por incluir en ella estas actividades que tienen otro grado diverso de racionalidad.

B) No sólo antes de lograr el éxito de su labor científica y filosófica, sino también muy frecuentemente durante ella, usa el hombre otras potencias o capacidades, que si bien no influyen directamente captando el objeto, no obstante lo hacen indirectamente, en cuanto disponen bien al hombre, para que mediante ellas lo capte. Sucede algo parecido a lo que pasa a quien pone ante sus ojos el cristal de una lente. La lente de cristal no crea el objeto, pero hace que aquella facultad visiva que sin la ayuda de los lentes de hecho no lo habría captado, al estar mejor dispuesta con ellos, lo capte. A esta categoría de medios pertenecen los influjos voluntarios, que pueden a veces estorbar, y otras veces ayudar a que el hombre entienda de hecho, afirme de hecho, lo que hubiera quizá sin ellos quedado sólo de derecho inteligible y afirmable.

C) También la conducta, la acción, en cuanto que formando en el hombre, sujeto dotado de la facultad de conocer, una disposición, lo hacen más o menos apto para penetrar en su objeto. Todo el mundo sabe por experiencia cuánto ayuda lo que llamamos «entrenamiento». No es irracional que un matemático adquiriera hábito con un intensivo entrenamiento antes de llegar el día en que habrá de resolver un problema matemático. No obstante la racionalidad del entrenamiento no es del mismo grado de logicidad o racionalidad con que mediante él llegará a formar su solución. Esto tiene también muchas derivaciones y aplicaciones a las materias del terreno moral y religioso.

D) Hay otros medios, múltiples, que podríamos llamar en general «vitales», los cuales disponiendo bien al sujeto, por lo mismo tam-

(2) *Metaphysica*, Libro Lambda 1074, b. 9.

bién ayudan a que pueda captar mejor su objeto, ya por vía de logicidad, ya por el camino de cierta intuición o «connaturalidad» como dice Santo Tomás.

Es conocido el caso de un campeón mundial de ajedrez (scacchi) que hace algunos decenios bebía vino con cierta abundancia para ganar algún partido comprometido. El vino no es «racional» con la racionalidad de la «solución lógica» que hallará mediante él la solución de un problema de ajedrez; pero tampoco hemos de llamar a esta ayuda «irracional» como si su objeto, lo que hallará mediante ella, no fuese inteligible, racional. ¿Quién negará que el atractivo de sentimientos y el impulso del amor, contribuía v.gr. a que Beethoven compusiera su bella canción *Für Eloïse*, que sin aquel atractivo e impulso no habría podido componer: aunque por otro lado aquel atractivo e impulso no habría bastado a que un mal músico, no dotado de su facultad genial, hubiese podido componer su melodía?

E) Por último hay que aludir el orden específicamente religioso. Los teólogos conocen muy bien la ayuda de la llamada «gracia sanans», v.gr. para que se produzca el acto de fe; auxilio que no actuará como «id quod» (esto sería irracional, como lo sería el intervento de una razón práctica que crease su objeto), sino como «id quo» la facultad pondrá el acto razonable, de fe.

V. Conclusión

Es equivocado, pues, decir que la Ideología no es «manifestativa», sino sólo «activa»; y que la Filosofía no es «activa» sino sólo «manifestativa». No existe Filosofía, ni existe Ideología: existen hombres, en cuyo conocimiento no se realiza la radical identificación entre Ser y Verdad, como tampoco hay en su ser una total identificación entre Esencia y Existencia. Los hombres «tienen» su ser, «reciben» su ser, como también se les ofrece un objeto cuya verdad o inteligibilidad no la crean ellos, sino que la descubren.

Por consiguiente, en el hombre siempre su Filosofía tendrá algo de Ideología; y su Ideología tendrá algo de Filosofía.

Sería falso despreciar la Ideología como si fuese radicalmente irracional; pero también sería equivocado sobrestimar la Filosofía, como si en ella su objeto pudiera ser plenamente filtrado racionalmente.

No hay que pretender que la Ideología suplante el papel de la Filosofía (pretenderlo sería el irracionalismo, por el cual a veces la Ideología es despreciada); pero tampoco hay que pretender aislar, orillar, separar, la Ideología, como si nunca tuviese su papel dentro de la Filosofía (esto sería racionalismo, por el cual la Filosofía es colocada falsamente en una posición sobrestimada de logicidad): ambas se coordinan, ambas se aúnan, sin confundirse.

Ambas se requieren para que exista y llegue a su fin último el ser que existe, el hombre que somos, con racionalidad, sí, pero participada.

JUAN ROIG GIRONELLA, S. I.